

Sentada junto á la ventana, por donde penetraba un alegre rayo de sol, cual si el astro rey quisiera disipar con su refulgente luz las tinieblas de aquellas angustiadas almas, se encontraba la linda joven bordando con afán y bajando su cabeza para ocultar las lágrimas que de cuando en cuando rodaban por sus mejillas. ¡La opulenta condesa de Malvar, tan envidiada poco antes por ser única heredera de una fortuna y un nombre ilustre, convertida en obrera y viviendo en humilde sotabanco! ¡Tales y tan deleznales son los bienes y las prosperidades de este mundo!

Su madre la contemplaba con inmenso dolor y lloraba también ocultándose de su hija, como Laura se ocultaba de su madre.

— ¡Pobre hija mía! — exclamó al fin la anciana con un grito del alma.

— ¡Oh, muy desgraciada, sí, madre mía! — repuso Laura con desgarradora tristeza. — ¡Muy desgraciada! Aún más que por nuestra situación, por la horrible desventura que me espera.

— ¡Por qué no aceptarías alguno de los brillantes partidos que se te han presentado! Ahora estarías casada y serías feliz. Nunca he podido comprender tu extraña indiferencia.

— ¿Por qué, preguntas? En este día para mí solemne y fatal, último de mis ilusiones y mis esperanzas, vas á saber por qué he rechazado á cuantos jóvenes me han pretendido. Mi imaginación, acaso demasiado ardiente y soñadora, ha conservado como sagrado de-

pósito una imagen ya perdida en la remota noche del pasado y que sin embargo vive en mi mente, fresca, animada, acariciadora. Mi corazón apasionado y vehemente, quizá hasta la exageración, ha guardado desde la infancia un cariño inmaterial, purísimo, fundado en una ilusión, alimentado por una quimera, dedicado á un ser casi imaginario que mi fantasía ve al través de los años, entre los vagos recuerdos de mi niñez, cual luz misteriosa por Dios sostenida y que mi alma ilumina en sus dulces éxtasis. ¿Puede ser esto amor? ¡Oh, no! ¡Era yo tan niña y hace tantos años! ¿Qué es entonces? No lo sé. Una ilusión, un sueño, un delirio de mi mente soñadora. Lo cierto es que cuando un hombre solicitaba mi amor, si yo iba á concedérselo encontrando en él buenas cualidades, al pronunciar el demandado *sí* la imagen de Miguel convertido en hombre, con sus hermosos ojos y su mirada de antes acariciadora y expresiva, se interponía entre los dos, un nudo oprimía mi garganta, recordaba el «Nunca, nunca te olvidaré,» que pronuncié al separarnos, y sin pensar, sin querer yo misma, decía que no en vez de decir que sí.

— ¡Oh, y pensar que ahora!.. ¡Dios mío, Dios mío! — murmuró sollozando la pobre madre.

— Ahora, madre mía, he de renunciar por fuerza al grato recuerdo, á la dulce ilusión que ha embellecido mi vida; he de arrancar de mi alma la imagen por mí tan acariciada; he de hacer por un hombre perverso, repulsivo, lo que no he hecho por ninguno de los jó-

venes buenos, simpáticos y distinguidos que me han amado.

— Pero yo no puedo permitir tan espantoso sacrificio.

— Es preciso. Hemos tenido la desgracia de que ese hombre infernal, fingiéndose amigo solícito, prestara á mi pobre padre mil duros cuando se encontraba en el mayor apuro, y si no le otorgo mi mano, que solicita con afán, acudirá á los tribunales, como ha prometido, en demanda de pago, y el nombre de mi padre correrá de boca en boca y su memoria será deshonrada, su reputación manchada por la asquerosa baba de los difamadores. ¿Podemos consentir que esto suceda? No, imposible. Mil veces antes la desventura, la muerte, si es preciso. Pronto vendrá el miserable por mi respuesta y con una sola palabra ataré á mi cuello el horrible dogal que me ha de ahogar.

— ¡Pero esto es espantoso!

— Sí, mas ineludible. Tengamos fortaleza para aceptar lo irremediable, presentando á nuestro verdugo la entereza de la dignidad.

— ¡Tú, tan buena, tan noble, tan perfecto modelo de todas las virtudes!..

— Sólo á los buenos prueba Dios, madre mía, para conocer el temple de su alma, la extensión de su fe y la fuerza de su resignación. ¡Quién sabe si de un modo ó de otro nos tenderá muy pronto su mano poderosa para sacarnos del abismo en que vamos á caer!

— Si hubiera estado aquí Miguel, él nos hubiera salvado; ¡pero ni aun esa esperanza!

— ¡Por piedad, no pronuncies ese nombre si quieres que tenga valor! ¡Miguel! Quizá no exista ya. ¿Te acuerdas? Terminada con brillantez su carrera de médico, papá le invitó á que viniera una temporada con nosotros, y su noble respuesta fué: «No me permitiré tan gran placer hasta que no me haga con mi trabajo digno de mis generosos protectores. Por este correo marchó á Cuba; cuando tenga un nombre, una fortuna, iré á ponerlo todo á los pies de ustedes, á estrecharlos contra mi corazón y á decirles que de ustedes es la gloria de cuanto yo pueda hacer. Soy muy joven y espero, Dios mediante, realizar pronto este dorado sueño.» Marchó, en efecto, con su familia, y bien sabes que no olvidó escribirnos con frecuencia; pero hace un año que no sabemos de él. ¿Nos ha olvidado? No lo creo. ¿Habrá sido atacado por la espantosa enfermedad del país? Tal vez sí. En tan triste convicción, ni aún me queda el consuelo de dedicar mi existencia á su memoria; otro hombre reclama mi amor, y si no mi corazón, habré de darle mi fe.

Un golpe resonó en aquel instante en la puerta, helando la sangre de las dos mujeres.

— ¡Él! — exclamó Laura con un estremecimiento que no pudo contener. — ¡Valor! — añadió en seguida haciendo un esfuerzo y levantándose á abrir la puerta.

El visitante la encontró ya serena y firme, aunque pálida como un cadáver. Su madre, anonadada y trémula, ocultaba entre las manos su angustiado rostro.

El nuevo personaje era un hombre que podría tener

de cuarenta á cuarenta y tantos años, de elevada estatura, aspecto de buena educación y vestido con irreprochable elegancia; pero que llevaba en su mirada torva y su frente contraída el sello de innobles pensamientos, de mezquinas pasiones y perversa intención.

— Señorita — dijo entrando resueltamente en la humilde habitación, — ¿ha pensado usted ya lo que debe hacer? Vengo á saber su última resolución.

— Pues óigala usted, caballero — repuso la anciana señora alzándose enérgica, valiente, como la leona que defiende sus hijuelos. — Mi resolución es que jamás la condesa de Malvar será la esposa de un miserable. Que mi hija no será víctima de usted, suceda lo que sucediere.

— Esa es la respuesta que su cariño hacia mí dicta á mi madre. La mía es que seré su esposa cuando usted quiera — añadió Laura con infinita amargura.

La condesa cayó sobre la silla sin fuerzas para sostenerse.

— ¡Oh, señorita!, ¿será cierto? — gritó aquel hombre dando muestras del mayor entusiasmo. — Tal resolución me llena de felicidad. Bien sabe usted que la amo hace muchos años. Déjeme usted que bese su encantadora mano y que de rodillas le dé gracias...

— ¡Oh! ¡Basta, basta! — interrumpió la joven con glacial frialdad. — Las circunstancias en que nos encontramos y la violencia que usted ejerce hacen que no sea esta ocasión oportuna para expansiones amor-

sas. Aunque doy á usted mi mano, no será jamás de usted mi corazón.

— Espero que el tiempo y mi amor harán á usted cambiar.

— ¡Nunca, nunca; desde ahora se lo juro!

— ¡Bah! Soy rico, no soy feo, amo á usted con locura y creo que será usted feliz.

Laura sonrió amargamente.

— Nuestro matrimonio — dijo — tendrá por base una... villanía, y es muy mala base. Ruego á usted que me evite la molestia de esta penosa entrevista. Me siento fatigada y deseo estar sola.

— ¿Quedamos, pues?..

— En que será lo que usted quiera y cuando quiera. No puedo satisfacer de otro modo la deuda de mi padre. ¡Barato compra usted, caballero! ¡Por mil duros un título ilustre y una mujer como yo! ¡Es usted buen comerciante!

— ¡Señorita!..

— Salga usted y no vuelva hasta que esté todo dispuesto para el sacrificio.

— Así lo haré.

Salió el miserable y en la escalera se le hubiera podido oír murmurar:

— Seré conde y dueño de esa admirada beldad.

Cuando Laura y su madre quedaron solas, se miraron un instante en silencio, y arrojándose una en brazos de la otra derramaron un mar de lágrimas.

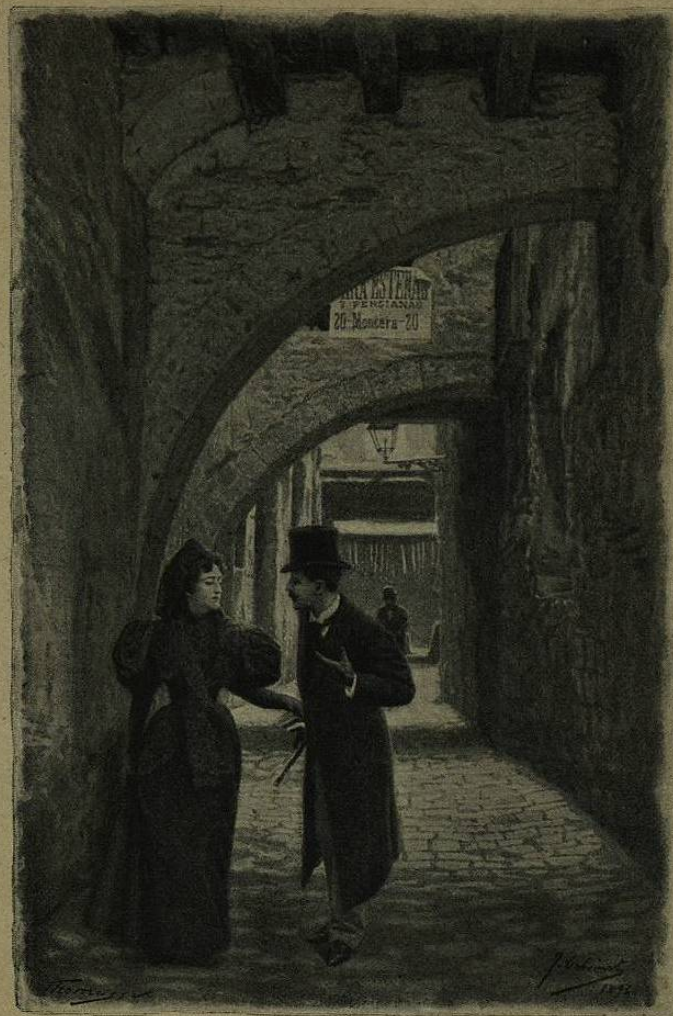
Al día siguiente la infeliz madre, quebrantada por

tantas y tan fuertes emociones, sentía rendido su cuerpo al dolor moral y se encontraba sin fuerzas para moverse, por lo cual tuvo que ir Laura sola á entregar su trabajo.

Al regresar de hacerlo tuvo que pasar por la plaza de San Ildefonso; maquinalmente fijó sus ojos en la puerta de aquella iglesia donde había conocido y socorrido al objeto de sus ideales amores; un mundo de recuerdos se agolpó á su imaginación; por un esfuerzo de la voluntad lo vió todo como estaba en los tiempos felices en que socorría al desvalido niño; le pareció percibirlo en el atrio con su rostro pálido, su mirada brillante y leal, y arrastrada por magnética atracción se dirigió lentamente á la iglesia y penetró en ella, dominada todavía por sus sueños y sus recuerdos.

En una de las naves se hallaba un joven de gallarda figura y negra barba, devotamente arrodillado y orando con fervor. Al entrar Laura, fijó en ella sus ojos y se le vió hacer un vivísimo movimiento de sorpresa y vacilar como si quisiera acercarse á ella; pero al fin no se movió y siguió observándola.

Rezó Laura largo rato pidiendo á Dios amparo y valor y ahogando en su garganta los sollozos. Luego se alzó algo más tranquila y salió enjugando sus lágrimas. Junto á la pila del agua bendita la esperaba otro joven de alegre rostro y audaz mirada, que la venía siguiendo hacía rato. Le ofreció cortésmente agua bendita, ella le dió gracias con una leve inclinación y salió, despidiéndose con una mirada de aquellos sitios



- ¿Por quién me ha tomado usted?

queridos. El joven alegre echó á andar tras de ella, y tras de ambos el de la negra barba, que parecía no querer perder de vista á Laura.

Al atravesar unos en pos de otros una excusada calle, el tronera abordó resueltamente á la joven, diciendo, al par que interrumpía su marcha:

— Bella niña, un instante de atención, que quiero decirte cuán bella eres y cuánto te amo.

Intensa palidez cubrió el rostro de Laura.

— ¿Por quién me ha tomado usted? — exclamó con energía. — ¡Atrás, insolente, ó gritaré pidiendo socorro!

— Calma tu furor, que eres muy bella para ser tan arisca — dijo avanzando otro paso.

— ¡Miserable! — gritó ella. — Soy la condesa de Malvar y sabré hacerme respetar.

— ¡La condesa! — exclamó el calavera.

— ¡La condesa! ¡Oh, gracias, Dios mío! — se oyó murmurar con infinita alegría al segundo acompañante.

— ¿Tan desfigurada estoy, que ya no me conoce usted? — dijo Laura á su interlocutor.

— ¡Oh, señorita — repuso confuso, — quién había de pensar ver á usted sola y así!.. Insisto, sin embargo, en que...

El otro joven le interrumpió poniendo con rudeza una mano en su hombro y diciendo:

— Si continúa usted insistiendo, nos veremos, caballero. Siga usted su camino si no quiere que le dé un disgusto.

Al mismo tiempo cogió con la mayor delicadeza y

respeto sumo la mano de la joven, la apoyó en su brazo y se la llevó con solemne pausa. A tan brusca interrupción, aquel hombre un momento antes tan audaz retrocedió un paso; al verlos ir, los siguió un instante con la vista, se encogió filosóficamente de hombros, y volviendo atrás se perdió por otra calle.

Laura, sorprendida por la acción del desconocido, se había dejado llevar maquinalmente; pero pronto se repuso, y soltando el brazo de su acompañante fijó en él una mirada interrogadora; entonces sus ojos se encontraron, y en los negros de él debió ver algo que la conmovió profundamente, porque retrocedió vacilante, y llevando su mano al corazón exclamó con inmenso anhelo:

— ¿Quién es usted? ¡Pronto, su nombre!

— En esa emoción veo con placer que casi me reconoce. Soy Miguel Núñez.

— ¡Miguel, Miguel! — repitió con loca alegría. — ¡Bendito sea Dios!

Y se abrazaron con ternura como dos hermanos queridos. La pobre joven, dominada por tan fuerte emoción, casi perdió el sentido, sostenida por su cariñoso amigo.

— ¡Miguel, Miguel! — murmuraba al volver en sí. — ¿Será posible?

— Sí, señorita; sí, mi Laura querida, yo soy.

— ¡Oh! El cielo me ha oído. Pero la alegría me trastorna, deje usted que le mire, y dígame usted cómo ha sido esto, su repentino viaje, su silencio.

— Sigamos y lo sabrá usted todo; que yo también me siento trastornado por la alegría.

Ambos jóvenes anduvieron un rato en silencio, diciendóselo todo con el mudo lenguaje de los ojos; cuando lograron dominar su emoción, continuó Miguel:

— Internado en la manigua, asistiendo ya á nuestro ejército, ya á los naturales del país, mis penosas tareas y el mal estado de los correos me impidieron comunicarme con ustedes en bastante tiempo. Terminados los experimentos que me propuse hacer y realizada una regular fortuna, me disponía á regresar á la Habana, y una vez reunidos nuestros fondos embarcarme con mis padres para España, cuando un periódico que leí por casualidad y con gran retraso llevó hasta mí la horrible noticia de la ruina y la muerte de mi noble protector. En el acto resolví correr en busca de usted y de su madre para consolarlas y ampararlas, si era preciso. Precipité mis asuntos, los dejé en cuanto me fué posible y marché á la Habana; encargué á mis padres la comisión de levantar la casa y yo me embarqué en el primer buque que salió para España. Una vez en Madrid, corrí lleno de ansiedad á la calle de Fuencarral; pero ¡ay!, allí me esperaba un desengaño. Otros dueños ocupaban el palacio, otros eran los criados y hasta los porteros; ustedes se habían rodeado del mayor misterio y nadie sabía dónde era su nuevo domicilio. Durante un mes he vagado por todo Madrid con la esperanza de encontrar á usted por casualidad, sin conseguirlo nunca. Hoy sentí

la necesidad de orar en la misma iglesia donde conocí á mi ángel bueno y me tendió su bendita mano. A ella fui con el alma conmovida; mis ojos se llenaron de lágrimas al ver el sitio en que recibí sus limosnas, y entrando en el sagrado recinto imploré á Dios con todo el fervor de mi alma que me concediera la dicha de encontrar á mi angelical salvadora. Cual si Dios respondiera bondadoso á mi súplica, apenas acababa mi oración vi á usted entrar y sentí una gran conmoción; me pareció percibir en las hermosas facciones de la mujer algo de los dulces rasgos de la niña, que llevaba grabados en mi corazón, y quise acercarme al instante; pero por temor de equivocarme decidí mantenerme á la expectativa hasta saber quién era usted. El atrevimiento de ese insolente y el altivo arranque de usted me enteró de lo que deseaba, y tuve al fin la inefable dicha de estrechar entre mis brazos al ídolo de mi vida.

— ¡Oh! ¡Dios nos ha reunido de una manera tan providencial como misteriosa! ¡Bien hacía yo en confiar ciegamente en su bondad y en su justicia!

— ¡Cuánto he sufrido, Miguel, y cuánto he llorado creyendo á usted muerto!

— ¡Mi querida Laura! Ya todo acabó; de hoy en adelante espero que sólo tendremos un pesar; que no vea nuestra ventura el que ya no existe.

Habían llegado á la casa, y nuestros jóvenes subieron del brazo. Pueden suponerse el asombro y la alegría de la anciana al encontrarse allí con Miguel. Con la libertad que dan los años llenó de abrazos y de besos

al joven, haciéndole mil preguntas. Cuando éste la vió más tranquila, se enteró con interés de todo lo ocurrido y de cómo subsistían, añadiendo en seguida con solemne gravedad:

— Señora, en el momento feliz de nuestro encuentro tengo que pedir á usted una gracia que espero no me niegue.

— Di cuanto quieras.

— Soy doctor en Medicina, tengo alguna reputación en mi carrera y una fortuna ganada con mi trabajo; usted conoce mis ideas y mis sentimientos; ¿me cree usted digno de ser su hijo?

— Sí, sí mil veces.

— Pues pongo á sus pies cuanto tengo y pido á usted la mano de su hija Laura.

La anciana miró á su hija, ésta vaciló.

— ¿Amaría usted á otro acaso? — preguntó Miguel con angustia.

— No por cierto. Es que á mi pesar he contraído un penoso compromiso.

— ¡Oh! Explíquese usted por Dios.

Laura le contó lo que ocurría con su miserable adorador, y Miguel repuso, respirando con desahogo:

— En pagándole yo, está concluido. Ni podrá ofender la memoria del conde, ni reclamar nada.

— Sin embargo, antes de comprometerte piensa bien lo que vas á hacer — expresó la anciana. — Mi conciencia me remordería toda la vida si anudaras el santo lazo sólo para cumplir un falso deber de gratitud.

— Tranquilícese usted; amo á Laura desde que la conocí y sólo deseo saber si ella...

— Ella te amaba sin darse cuenta de lo que sentía; por eso está soltera.

Laura se sonrió y Miguel le dió gracias con un apretón de manos.

— En el mundo, señora — dijo el noble joven tras de una pausa, — cada uno recoge lo que siembra. Mi ángel bueno (así la llamaré toda mi vida) sembró cariño, caridad, buenas acciones, y recoge, hoy un amor que llega á la idolatría y que espero la hará feliz, al par que el inmenso cariño de una familia que la venera, y mañana el respeto y la admiración de cuantos la conozcan.

— Cierto, hijo mío. Casaos, pues, y Dios os haga tan felices como ambos merecéis serlo.

Un mes después se casaban en la misma iglesia donde la bella niña había ganado con su sublime caridad tan hermoso corazón, y habitaban otra vez su opulenta morada, adquirida de nuevo.



— Esto es, vida mía, que la experiencia del mal engendra la desconfianza

## LOLO

### I

Animado baile siguió á la solemne ceremonia del desposorio.

La concurrencia era tan numerosa, que, á pesar de la amplitud de los salones, se codeaba, apretaba y oprimía.

Entre tan confusa algazara, sobresallan mil frases laudatorias, cariñosos cumplidos que los dueños de la casa recibían sonriendo; pero á las alabanzas se mezclaban de vez en cuando críticas acerbas pronunciadas en voz baja por los mismos que en público los